



**LOS GATOS
CAREY
NO SE
PUEDEN
DEVOLVER**

Antony compró el kit, en Fry's, durante esos tres meses tan grises que sucedieron a la muerte de Mindy. Buceaba entre la niebla esos días pero, aun así, iba frecuentemente a la tienda de electrónica y se paseaba por los pasillos examinando discos duros, routers, televisores, micrófonos, videojuegos, luces de jardín, neveras, máquinas para hacer helados, arroceras. Todo con el mismo grado de interés, lo que venía a ser poco o nada, apenas un espasmo en el contador. Un saltito de la flecha, desde la E hasta el 1.

Era una forma de matar el tiempo. También lo eran las noches, viendo reality shows y abriéndose camino, metódicamente, a través de algunos porros. Si la marihuana no hubiera sido legal en Seattle, habría sido alcohol, lo sabía. Pero las largas, duras y solitarias horas nocturnas se convertían en una neblina de humo triste¹ hasta que, finalmente, daba cabezadas y se iba a la cama para pasar unas horas de precioso olvido.

Él apreciaba esos períodos vacíos.

Cada día empezaba con ese horrible momento en que extendía una mano para tocar el hombro de Mindy...

—Escucha, cariño, he tenido ese horrible sueño en el que morías. En un accidente de barco, nada menos. ¿Cuándo fue la última vez que fuimos en barco?

Entonces su estómago se daba cuenta, tan de golpe como si saltara al hueco del ascensor.

No.

Era.

Un.

Sueño.

Al principio, su madre lo llamaba todos los días, pero él no sabía que responder. Por no hablar del toma y daca de esas conversaciones.

Eso le entristecía. También le hacía sentir culpable. Era el único hijo que su madre todavía tenía cerca. Sus dos hermanas se habían quedado en la otra costa y estaban tan distantes, ahora, como lo estuvieron entonces. Aún enfadadas con su

1 Blue smoke. En inglés, también se le llama así al humo que se produce al trabajar con elementos de electrónica, cuando se quema el plástico. (N. de la T.)

(888madre por inimaginables desavenencias durante sus años de instituto. Ambas habían sido excepcionales guardando rencor durante toda la vida. Él era el único hijo que había estado dispuesto a asumir alguna responsabilidad con ella. De hecho, le había ayudado a mudarse a esta costa.

La quería. Le regalaba cosas. Así fue como la gata, una gatita carey, llegó a la vida de su madre: metida en el bolsillo de su abrigo, un grumito de pelo negro y naranja, una pequeña cara triangular entre esos colores.

Su madre le puso un nombre, como a todos sus animales, que era un palíndromo: Taco cat. Como God Dog y el periquito Dribybird².

Ella amaba a esa gata más de lo que jamás había amado nada. Su madre siempre había sido dura y autosuficiente, pero él sabía que echaba de menos a la gata incluso ahora, un año después de su muerte.

Se merecía algo que colmara sus días. Se preguntaba si los días de su madre habían sido tan grises como los suyos, en estos tiempos, desde que el padre de él murió. Pensó —deseó, quizás— que eso no fuese así.

Tal vez lo superase con el tiempo.

Leyó, en algún lado, que las personas mayores funcionaban mejor, eran más felices, si tenían algo que pudieran cuidar. Taco había cumplido esa función y, ahora, ese sostén había desaparecido.

Él lo reemplazaría.

El kit era una de esas cosas que se hacen bien tarde por la noche. Material publicitario. Clonar una mascota querida. Tomar una muestra y enviarla a sus laboratorios para que les entreguen una réplica perfecta dentro de tres meses. Una caja quinientas veces más grande de lo que era necesario, contenía únicamente el tubo de ensayo en el que se debían poner los fragmentos de pelo, o materia de las garras, requeridos.

2 Palíndromos en inglés. Intraducibles para que cumplan su función dramática y sigan siendo palíndromos en castellano. Juegan con los nombres de un gato, un perro y un periquito. (N. de la T.)

Sacó unos mechones del cepillo de alambre que le había cogido a su madre. Los empujó, con el dedo índice, hacia lo más profundo del tubo de ensayo. Tapó este con una varilla de plástico roma.

Empleó su dispositivo para escanear el código de barras que tenía en el lateral y lo envió al centro de correo. Un dron picoteaba una ventana de su casa, tres pisos más arriba. Uno de UPS, de color marrón. Vio otros drones de colores brillantes, de colores rojo y verde para las fiestas, acercándose a su calle. Lo validó, mirando fijamente a su ojo inquisitivo, y recibió un número de confirmación, exhibido a un lado, flotando en el aire, antes de desaparecer.

Él fue de la última generación que supo cómo era la vida sin un dispositivo. Consiguió uno en la universidad, finalmente. Vendió todas las monedas de oro que su tía Mick, que murió en la séptima guerra del Golfo, le había dejado, y nunca se arrepintió de ello.

La vida era mucho más segura con el dispositivo. Este se aseguraba de que no comieras en exceso, haciendo que te sintieras saciado después de unos pocos bocados. Te permitía dormir todo lo que quisieras e, incluso, tener sueños preprogramados. Podías usarlo para cargar paquetes de conocimiento, particularmente si tenías memoria aumentada. Te permitía recordar la cara de todos, y cada fecha y hora que necesitaras retener. Era como tener superpoderes menores.

Qué increíble era vivir en el futuro. O así debería haber sido.

Nunca había pensado mucho en su propia existencia antes de Mindy. Entonces, de repente, quiso una forma de vida, una vida juntos llena de esas bromas que solo ellos compartían. Él preparaba creps de jengibre, y pasaban las mañanas de los domingos holgazaneando y teniendo sexo potenciado por el dispositivo. Placentero, relajado y maravilloso.

Se estaba yendo después de una cena de enchiladas mal preparadas, con sus bordes marrones y crujientes, clavándosele en la boca. Su madre no le mencionó a Mindy, pero le dio una

palmadita en el brazo mientras se disponía a ponerse la chaqueta. El ademán fue inusual, ajeno a sus habituales gestos de besos al aire.

Él dijo:

—¿Tienes el viejo cepillo de Taco?

—En el armario.

Se estremeció al ver todas las cosas del gato guardadas, como en un cuidadoso memorial. No asociaba el sentimentalismo con su madre. Quizás la pérdida logró eso. Aunque ella había soportado la pérdida de su padre sin semejante despliegue. Al menos, eso creía él. Trató de recordar la muerte de su padre. ¿Cuánto tiempo le había costado a su madre enviar todas aquellas camisas, corbatas y trajes a la tienda de segunda mano de San Vicente de Paul? No mucho. Se acordó de haberle recriminado, con rabia, eso mismo. Había planeado usar toda aquella ropa, dos tallas grandes para su armazón de dieciséis años, algún día.

—No merece la pena encariñarse —le dijo. El hecho de que ella tuviera los ojos secos le enfureció aún más. Ella se cruzó de brazos y le devolvió la mirada furiosa.

Él todavía tenía cosas que compensarle. Eso ayudaría a equilibrar esa balanza, tan desequilibrada por toda su ira y arrebatos adolescentes.

BCSS le envió un sobre. El lenguaje del grueso paquete era muy denso: le ofrecía la oportunidad de participar en un programa de pruebas.

Clonar un humano.

Devolverle a Mindy.

—No entiendo cómo es posible. Sé que puede replicar su cuerpo. Pero, ¿y su mente? —dijo él.

Los ojos de la doctora Avosh eran claramente artificiales, unos círculos planos de color verde esmeralda. ¿Qué decía esto de ella cuando ni siquiera se molestaba en intentar ocultar sus mejoras?

—Creamos una matriz de recuerdos artificiales. Es fácil hoy en día —dijo ella.

—¿Pero de dónde vienen esos recuerdos?

—Tenemos más material de lo que se imagina. Redes sociales, registros públicos, y algo de información obtenida del propio dispositivo.

Eso le asustó.

—El dispositivo no graba.

Había habido muchas batallas legales sobre el tema.

—No es así —dijo la doctora Avosh—. Es un malentendido común entre la mayoría de la gente. Mientras que las versiones primitivas solo grababan lo que uno quería y tenían poca memoria, las versiones actuales graban mucho. Simplemente, no se acepta en un tribunal.

Una de sus pupilas era notablemente más grande que la otra. Mientras la miraba, se ensanchaba aún más.

—¿Estás grabando esto ahora? —le preguntó él.

—Mi política es grabarlo todo.

—Por si alguna vez se necesita ser replicado.

Ella negó con la cabeza y titubeó.

—En realidad, no. Hay muchas razones para hacerlo.

—¿Son recuerdos reales?

—¿Se refiere a si son recuerdos certeros? No. Más bien son recuerdos de un recuerdo y, obviamente, habrá lagunas. No será lo mismo para ti, pero para ella será mucho más llevadero. Ella considerará que es la verdadera Mindy. Le recomendamos que no le hable de las circunstancias reales hasta que hayan pasado, al menos, seis meses.

Mindy. El olor de su pelo cuando metía la nariz en él, inhalando ese aroma tan delicioso como la canela o las rosas, con un toque almizclado que siempre tiraba de los hilos de su conciencia erótica.

No había forma de que pudiera decir que no.

—Ha dicho que este era un nuevo procedimiento. ¿Cuántas veces se ha realizado?

—Este es el tercer lote de prueba en personas. La primera vez que utilizamos gente en su situación.

—¿Mi situación?

Unos papeles en su escritorio se friccionaban unos contra otros mientras ella jugueteaba con ellos.

—Afligido reciente. Tenemos curiosidad por ver hasta qué punto la memoria del cónyuge puede potenciar el proceso y reforzar las creencias —hizo una pausa—. Y debo decirle que la compañía no cubre todo el coste.

Había conocido a Mindy en el tren R, yendo desde su casa en Bay Ridge hasta Manhattan, para ir a trabajar en la BWSS. Él manejaba los sistemas informáticos. Iba a trabajar por la noche, bien tarde, y por la mañana revisaba los paneles de información que usaban los científicos de la BWSS.

A veces se ven siempre a las mismas personas en el tren. Él la distinguía enseguida: pequeña y como un pájaro. Siempre sonriendo, de una manera que no se daba en la ciudad de Nueva York. Curiosa y despreocupada. Un día, charlando con la mujer que estaba a su lado. Otro día, mirando fotos de niños. Al día siguiente, ayudando a un anciano a sentarse.

Esa era Mindy. Amistosa. Finalmente, un día se dejó caer a su lado y dijo:

—¡Allá vamos!

El por qué había dicho eso, no lo sabía. Ella se lo contó después. Y, efectivamente, allá fueron. Primero, charlando a diario. Luego, yendo a tomar un café. Después, con total camaradería, saliendo, comprometiéndose y casándose en una pequeña capilla a la que solo asistieron los amigos y familiares más cercanos.

Ella tenía muchos amigos, los cuales parecían darle a Antony la bienvenida a su círculo, diciéndole: ¡Cuidala!

Así había hecho. Hasta el accidente.

Ahora, cada día, vivía esa vertiginosa caída en la cuenta de que ella ya no estaba.

Merecía la pena pagar el precio que fuese para evitarla.

Pero era caro, muy caro. Dilapidó sus 401(k), sus IRAs, se hipotecó por segunda vez. Rapiñó todas sus cuentas hasta dejarlas en los huesos e, incluso así, tuvo que pedirle dinero a su madre.

Ella se lo dio, sin dudarle, una vez supo para qué era.

Aprovecharon al máximo sus recuerdos, lo que significó que tuvo que ir todos los días durante dos semanas seguidas. Sentados, hablaban de su relación con Mindy, de su historial. Sobre dónde habían ido de luna de miel, cómo era la habitual salida al supermercado, y de dónde había salido cada uno de los muebles del dormitorio. La doctora Avosh le dijo que eso era bueno. Cuanto más sólida fuera su relación con él, más rápidamente se adaptaría la Mindy clonada.

Su madre no le preguntaba por el resultado, ni por el préstamo que le hizo para que pudiera pagar el procedimiento. Él pensó que tal vez ella estaba tratando de evitar que él se ilusionara demasiado. Pero, a medida que iba envejeciendo se daba cuenta, cada vez más, de que no entendía a su madre, no entendía esos aspectos que ella había mantenido ocultos frente a su familia. Solo a partir de sus cuarenta años se habían convertido en algo parecido a una familia unida.

En cambio, hablaban de los dramas cotidianos del edificio de su madre. Él ponía interés a pesar de que no le importaban, a pesar de que las historias eran insignificantes, acerca del correo extraviado o de quién le daba a la pala en el camino de entrada.

Dijo él:

—Te tengo preparado un regalo. Debería llegar la próxima semana. De acuerdo con el número de seguimiento está en preparación para envío ahora mismo.

—¿Debería preguntarte qué es?

Se encontró sonriendo y esa expresión casi lo asustó. ¿Desde hacía cuanto que ese gris se desvanecía por momentos? Desde hacía demasiado.

Él y Mindy se reírían de eso juntos, con el tiempo. Se preguntaba cómo sería eso, poder decir: «Mientras estabas muerta».

Tal vez sería mejor no mencionar eso. No podía ni siquiera empezar a imaginar cómo sería vivir en ese otro lado.

—Ha llegado tu regalo —le dijo su madre—. Es muy bonito —su tono de voz era tenso.

—¿No te gusta?

—Por supuesto que sí —dijo ella, pero él se dio cuenta que estaba mintiendo.

Cuando fue a cenar, vio el problema.

—Deben haberte enviado la gata equivocada —dijo él mirando al animal. Era del mismo tamaño que Taco, y era una carey. Pero allí dónde Taco había sido negra con manchas color naranja oscuro, ésta era blanca con torpes manchas naranjas y marrones.

Pero el servicio de atención al cliente respondió:

—No se puede clonar un carey y esperar las mismas marcas. Son expresiones aleatorias del gen. El folleto enumera ciertos animales de los que no se puede obtener una copia exacta. Los gatos carey no se pueden devolver.

Colgó abruptamente, rabioso. ¡Por el amor de Dios! ¡No podía hacer nada bien últimamente!

Pero eso cambiaría cuando Mindy volviera.

No vio la nueva gata la siguiente vez que fue, y no hizo preguntas.

Podía llegar a aceptar que le gustara una configuración, y no otra.

Pero no quería pensar en eso.

Enviaron un equipo a revisar la casa, para escanear todo lo relacionado con ella. Le preguntaron sobre el estado habitual de limpieza, y qué días solía limpiar Mindy, en qué era buena y en qué era mala, cómo se repartían las tareas y sobre sus marcas favoritas.

No sabía muchas de las respuestas, ¿cómo de vacía tenía que estar la nevera para salir a comprar?, puesto que ella era la que se encargaba de todo eso. No tenía ni idea. Tomaron otro enfoque y le preguntaron qué era lo que él recordaba que se les solía acabar, leche, papel higiénico o mantequilla.

—Verás, la mayoría de la gente tiene unos pocos elementos desencadenantes que envían automáticamente a la tienda —le

gritó la técnico de datos mientras él seguía pasando su escáner por todo lo que había debajo del fregadero. Ella le preguntó qué había comprado él y qué Mindy y, por suerte, su única contribución había sido una botella de lavavajillas con aroma a lima.

—¿Has hecho muchos de estos antes? —preguntó él.

Los dedos de ella siguieron haciendo clic sobre el panel de datos. Tenía unas uñas largas y delgadas, con pequeñas dagas pintadas en plateado en cada punta y un pequeño marco de círculos.

—Dos por ahora.

—¿Cómo fue?

—El primero prefería el Comet y el Pine-Sol. El segundo, los productos de limpieza de séptima generación.

—No. Me refería... —No sabía cómo formularlo—. ¿Les funcionó?

La mirada de ella era de extrañeza.

—Lo único que puedo decir es que, claro, cuando volvían les gustaban las mismas marcas de limpieza —hizo clic y pasó pantalla—. Muy bien, nueva sección. Cama, ¿habitualmente hecha o no hecha? Si es lo primero, ¿quién la hacía?

—La hacíamos juntos todas las mañanas —dijo. Sus ojos se calentaron, esperó no ponerse muy lloroso. Ella seguía clicando.

—Ustedes dos eran tiernos. Será igual de bonito en la próxima ronda. Ya lo verá.

Se atrevió a preguntarle a su madre qué había hecho con el gato. Las manos de ella titubearon mientras picaba cebolla, y luego reanudó su ritmo de staccato.

—La señora Green, dos puertas más abajo, tenía ratones —dijo—. Así que le presté a Taco Dos.

—¿Taco Dos? ¿Sin palíndromo? —le preguntó él.

Se produjo un chisporroteo y una ola de olor cuando agregó las cebollas a la sartén.

—No se me ha ocurrido ninguno todavía. Sé que se me ocurrirá en algún momento.

—En algún momento —repitió él de forma agradable. Pensó que, quizás, el gato terminaría quedándose con la señora Green, pero eso estaría bien.

—¿Hay novedades?

—La traeré a casa mañana.

Ella dejó la espátula para girarse y mirarlo, con los ojos muy abiertos.

—¿Tan pronto?

Él asintió. Volvió a sonreír. Ella le devolvió la sonrisa mientras se limpiaba las manos en el delantal, antes de acercarse a abrazarlo de manera torpe.

¿Qué llevaste a tu primer encuentro con esa persona con la que solías estar casada? Él eligió un ramo de rosas. ¿A quién le importaba si era un cliché? Mindy las adoraba.

Recordó que las compró para ella. Iban los dos juntos por el mercado de los campesinos, vagando de puesto en puesto, comprando barras de pan aún calientes, recién salidas del horno, y bolsas de verduras todavía llenas de tierra y hojas. La manera de ella de mirar cada tenderete, el cómo descubría todo lo interesante, hacía sonreír a la gente cuando les hablaba.

Las rosas. Tan parecidas a ella en la forma de abrirse al mundo.

Mirando a través del cristal de la puerta, parecía muy pequeña en la cama del hospital. Tenía los ojos cerrados. Su cabello, antes largo, lo tenía ahora corto, tres o cuatro centímetros como máximo.

Le preguntó a la doctora Avosh:

—¿Por qué le ha cortado el pelo?

La doctora se rio.

—Entiendo que pueda parecer eso. Pero es porque ha pasado poco tiempo como para que le haya crecido. Ya le crecerá.

—¿Eso no echará a perder sus recuerdos?

—Lo hemos compensado —la doctora puso la mano en el pomo de la puerta de metal gris antes de mirarle de soslayo—. ¿Está listo para decirle hola?

Asintió, incapaz de hablar debido al nudo que tenía en la garganta.

La habitación olía a desinfectante con aroma de limón. La enfermera, quién ya estaba allí, le quitó las flores con un grito de alegría.

—¿No son bonitas? Las pondré en agua.

Los ojos de Mindy seguían cerrados.

—¿Estás despierta, Mindy? —le preguntó la doctora—. Tienes visita.

Sus ojos se abrieron, fijándose en él al instante.

—Antony.

La misma sonrisa, la misma voz.

La emoción lo impulsó hacia la cama y unió sus manos con las de ella, besándolas una y otra vez, antes de apoyar su cabeza en la fría sábana blanca del hospital y llorar, por primera vez desde que ella murió.

Lo primero que él preguntó fue qué clase de historia usarían para justificar que ella se despertase en el hospital. Por supuesto, ya habían pensado en ello: un resbalón en la ducha, un golpe en la cabeza que explicaría cualquier mareo o desorientación.

Había preparado la casa de la forma más parecida a como la tenían en sus días juntos. Quitó la mugre acumulada de su vida de soltero contratando un servicio de limpieza. Si a ella le parecía muy distinto y lo cuestionaba, le diría que había contratado el servicio para sobrellevar la situación mientras estaba en el hospital.

En el taxi camino a casa, mientras subían por Queen Anne, se dio cuenta.

Ella ya no miraba al mundo de la misma manera. Lo hacía con retraimiento, con recelo momentáneo, vacilante frente a todo.

Le preguntó a la doctora sobre esto, al día siguiente. Por su expresión, se dio cuenta de que ya tenía una respuesta, pero no quiso decirle nada. Insistió en ello.

—¿Significa que algo salió mal en el proceso?

—Claro que no —dijo la doctora Avosh y negó con la cabeza—. Aún no conocemos todas las formas de cómo la personalidad está determinada genéticamente.

—Si está determinada genéticamente, entonces debería ser la misma —dijo.

—Es bastante más complicado —dijo, y comenzó a explicárselo, pero él ya estaba pensando en los gatos carey y se dio cuenta de lo que había hecho.

No podía pensar en ningún otro lugar a donde ir que no fuera a casa de su madre.

Para su sorpresa, estaba sentada en el sofá con Taco en su regazo.

—Pensaba que se la habías dado a la señora Green —dijo.

Ella le pasó la mano por el suave pelaje, masajeando la base de las orejas de la gata. Podía oírla ronronear desde donde estaba sentado.

—Tan solo se la había prestado —dijo—. ¿Hago café?

Se sentaron juntos, se lo bebieron. La gata saltó al regazo de su madre y volvió a ronronear. Ella le dio una palmadita.

—Esta vez es más cariñosa —dijo.

—¿Esta vez?

—Sí —se encogió de hombros y siguió acariciando a la gata.

—Creo que Mindy también es diferente esta vez —dijo él. Ella miró hacia arriba, frunciendo el ceño.

—¿Es posible?

Él asintió mirando a la gata en el regazo de su madre.

—Es por lo mismo, por lo que sé. La personalidad es aleatoria, al menos, en parte.

—Pero parece la misma.

Él se frotó la frente con la base de la mano.

—Sí, lo parece. Tuvieron mucho cuidado en ese aspecto. No me sorprendería que hubieran recurrido a la cirugía plástica para corregir cualquier diferencia. Pero no pueden hacer eso con su personalidad.

—Y tú no puedes decírselo.

Negó con la cabeza.

Su madre extendió la mano sobre la gata y le susurró.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—Preguntarle qué piensa de esto.

—Pero la has llamado de algún modo.

Ella Se ruborizó.

—Taco Tooto Cat³. No es Taco, pero es También Taco.

No, y hasta ahora, y sin embargo.

Como su Mindy. Por la que finalmente podría estar de luto.

A quien finalmente podría conocer por primera vez.

—¿Vas a fingir? —le preguntó su madre.

—No —dijo él—. Voy a decírselo. Y voy a decirle por qué siente lo que siente, por mí, de esa manera. Entonces podrá decidir.

—¿Decidir si mantiene las cosas como estaban o si no?

—No. Decidir si empezar o no.

3 Taco Tooto cat. Palíndromo intraducible que incluye dos juegos de palabras imprescindibles para el relato. Toto (Tooto) se puede traducir por chiquitín o chiquitina. Taco too viene a significar También Taco. Gata chiquitina que también es Taco. (N. de la T.)